

ideas.

REVISTA DE LAS MUJERES DE MEXICO

Tomo II.

1º de Septiembre de 1945.

Número 14.

SUMARIO:

	Págs.
México ante sus invasores. 1810, por Trinidad Soto y Galindo.	1
Canto a México, por Josefina Zendejas	3
El Grito, por Gabriela Mistral	4
Primera Exposición del Libro Americano	6
La Mujer prehistórica, por Mariana Moch	7
Singular juego de palabras, por Eva Lac-Lotarel	9
Hay que indemnizar, por Rasa Seldi	12
"Canción Inolvidable" y la Escuela de Ciegos, por Ma. Elena Landa	13
Recuperación, por Catalina A. de Bernal	16
Froylán Turcios, maestro de la moral americana, por Amelia Ceide	18
Página Masculina. "La Música como Vivencia Espiritual", por el Lic. Eduardo Pallares	19
Gente de Ixtapan de la Sal, por Magda Mabarak	22
Hogares, no prisiones!, por Ignota	26
Romance de Enrique Zendejas. por Esperanza Zambrano	29
Ruego, por Otilia García de Rivas	31
Mi Noche, por Carmen Vilchis Baz	31
Iba sobre la nieve de la montaña, por Helena Silver	32
La Corregidora de Querétaro, por la Dra. Luz Vera	33
Valores Femeninos Mexicanos: Columba Rivera, por Mathilde Gómez	37
Para "IDEAS", por Ma. Rafael Adler	41
Una amenaza más a las tradiciones de la ciudad, por Graciána Álvarez del Castillo de Chacón	41
Libros llegados a "IDEAS", por Luz de Luces	43

Precio \$ 0.40

ORIGINAL

La Corregidora de Querétaro

15 de Septiembre de 1810.

Por Isabel PEARL.

El eco del taconeo nervioso de los zapatitos de doña Josefa Ortiz de Domínguez resonó por todo el Reino de la Nueva España y despertó el alma dormida de su pueblo. ¿Quién no recuerda aquella escena de la Corregidora, encerrada en su casa en esa noche memorable por los escrúpulos timoratos de su esposo, llamando desesperadamente al carcelero para comunicarle tan grave noticia? ¡Y quién podría negar que a esta insigne mujer debieron su vida los patriotas que en esa noche tremenda comenzaron la épica lucha que había de culminar su Patria? Por eso el nombre de la Corregidora se halla indisolublemente unido a la proclamación de la independencia de México.

Era la célebre heroína esposa de don Miguel Domínguez, Corregidor de Querétaro y, por lo tanto, funcionario del gobierno realista de la Nueva España. Este hombre adusto y severo veía con complacencia el ardiente patriotismo de doña Josefa, quien desplegaba todas sus energías a favor de la causa de la independencia y se distinguía entre los concurrentes a las tertulias que tenían lugar en Querétaro en que

se discutían los planes que habían de conducir a la libertad de México. A esas reuniones, de aparente carácter social, asistían, además de don Miguel y su esposa, el Cura Hidalgo, los capitanes Ignacio José de Allende, Juan Aldama y Mariano Abasolo y otros más, y en ellas se hacían los preparativos para la proclamación de la independencia, que se decidió tendría lugar el primero de octubre de 1810.

Las miradas del gobierno estaban fijadas en los conspiradores, mas la presencia del Corregidor en sus reuniones les sirvió de ayuda, pues los realistas imaginaban que no les sería dable ultimar sus planes si estaba con frecuencia presente en sus tertulias un funcionario del gobierno. Mucho distaban el Virrey y los suyos de sospechar siquiera que la conspiradora más enérgica fuese la Corregidora, de quien dijo más tarde un visitador al Virrey que "era un agente efectivo, descarado, audaz e incorregible, que no perdía ocasión de inspirar odio al Rey, a la España, a la causa..."

El 25 de agosto de aquel año había llegado el Virrey don Francisco Javier de Venegas a México, dispuesto a sofocar con

mano de hierro todo intento de sublevación en la Colonia. Uno de los conspiradores de Querétaro, Joaquín Arias, al ver que se perfilaba ya clara la proclamación de la independencia y que eran muchos y muy graves los peligros que arrostrarían los anti-gobiernistas, resolvió ponerse a salvo delatando a sus compañeros. Los denunció ante el alcalde de Querétaro el diez de septiembre y ante el Virrey al día siguiente, nombrado al Cura Hidalgo como alma del movimiento y al Corregidor como sospechoso. Dos días después fué hecha una nueva denuncia ante el doctor Rafael Gil de León, quien advirtió a don Miguel Domínguez lo que ocurría.

El Corregidor, al saber que estaba mencionado como sospechoso en la lista de los conspiradores, resolvió tomar ciertas medidas encaminadas a proteger a sus compañeros, dándoles tiempo para que escaparan. Decidió comenzar por catear la casa de uno de ellos, la misma noche del 13 de septiembre y a las once salió de su casa, anunciando a su esposa lo que iba a hacer y dejándola bajo llave por temor de que la impetuosidad de su carácter la pusiera en peligro.

Pero para una mujer de su ingenio, estas barreras eran bien poco. Apenas se extinguió el eco de los pasos de su esposo, corrió la Corregidora y dió con su pie

los tres golpes convenidos en el piso de su alcoba, que daba a la vivienda del alcaide de la cárcel que ocupaba el piso bajo de la casa del Corregidor. Acudió el carcelero, Ignacio Pérez, y doña Josefa, a través de la rendija de la puerta, le anunció lo que pasaba, diciéndole que era preciso que informara de ello al Capitán Allende para que a su vez lo comunicara a sus compañeros y pudieran todos ponerse a salvo.

Ignacio Pérez salió violentamente de la cárcel y se encaminó hacia el pueblo de San Miguel el Grande, donde vivía a la razón el capitán Allende. A su llegada a este lugar la madrugada del día 14, se enteró de que Allende no se encontraba en él, hallando sólo al Capitán Aldama. Este le dijo que era necesario que fueran ambos hasta el pueblo de Dolores para dar la noticia al Cura Hidalgo. Los dos se pusieron en marcha, llegando a la casa del Padre Hidalgo a las dos de la mañana del día 16 de septiembre, es decir, dos horas después de la media noche del día 15.

¡Ya hacía tiempo estaban entregados al sueño el Cura Hidalgo y el Capitán Allende, que era su huésped esa noche, cuando los despertó el ruido de los caballos que se acercaban a galope. El Capitán Aldama dió la noticia al Padre, noticia tan grave como cierta. Los conspiradores se miraban los unos a los

otros. ¿Qué hacer? La insurrección debía estallar quince días después ¿Podrían adelantarse los planes con éxito? Se discutieron diversos modos de salir airosoamente de aquella difícil situación mientras el tiempo precioso se escapaba. El Cura Hidalgo supo medir toda la extensión del peligro que les amenazaba y decidióse a entrar en acción sin demora. Pronunció aquellas palabras —“Señores, no hay más remedio que ir a coger gachupines”... que hicieron a todos ver que ya no era tiempo de debatir sino de obrar. Y aquel filósofo de cabeza blanca, culto y distinguido, cuya vida se deslizaba tranquila en el risueño pueblo de Dolores, habiendo tomado una resolución rápida, empezó sus preparativos para el rompimiento definitivo con el gobierno español.

En menos de tres horas formó un pequeño ejército con los presos de la cárcel de Dolores, a quienes armó con lanzas que de antemano había mandado fabricar. Entonces, dice un erudito historiador, tuvo Hidalgo un gran pensamiento político. Considerando que la idea de libertad era demasiado abstracta para las masas a quienes su movimiento estaba destinado a beneficiar, decidió presentarles la idea de la nacionalidad, simbolizada por la mexicanísima Virgen de Guadalupe. A las cinco de la mañana llegó el Cura a la cabeza de sus

tropas al atrio de la Iglesia. Las alegres campanas llamaban a los fieles a la misa dominguera y el alba lucía clara y bella como presagio del día luminoso que comenzaba para la Patria. Y en aquella hermosa mañana, en la humilde iglesia del lejano pueblo de Dolores y en presencia de gente muy humilde también, proclamó la independencia de México.

Habló brevemente el Padre a sus fieles para decirles que el movimiento que él encabezaba tenía por objeto derrocar al mal gobierno; que los mexicanos, si se unían, alcanzarían su libertad y la independencia de su Patria. Una gran impresión produjeron sus palabras en el ánimo de los que allí estaban presentes y por afecto a él, muchos decidieron seguirlo, incorporándose inmediatamente a su pequeño ejército. Lentamente desfilaron por las calles del pacífico pueblo el Cura Hidalgo y su comitiva, brillando sus lanzas a la luz del sol, para iniciar la conquista de la libertad.

La lucha por la libertad comenzaba, pero la ilustre mujer que había hecho esto posible no era ya libre. A la misma hora en que Hidalgo fué advertido del peligro que corría, el Corregidor y su esposa fueron puestos en prisión. Doña Josefa, ignorando que Arias era el delator, y creyéndole también en peligro, había enviado un recado dicién-

dole lo que acontecía y las precauciones que se habían tomado. El traidor Arias, acto continuo, remitió este recado al alcalde quien ordenó la aprehensión del Corregidor, de doña Josefa y de los demás inonados en la conspiración. Así, pues, desde el preciso momento de la proclamación de la independencia terminaron los desvelos románticos de doña Josefa y comenzaron el cautiverio y las muy prosaicas, privaciones que por largos años sufrió por su amor a la Patria. Pero jamás flaqueó su ánimo valiente, y siguió tan temeraria como antes.

Cuéntase que al ser conducida a México por orden del Virrey, resguardada por numerosa comitiva, tuvo palabras de tan marcado desdén para sus captores, que siendo hombres y mexicanos se ponían del lado de los españoles y en contra de una débil mujer que luchaba sólo por la independencia de su Patria, que el jefe de la escolta que la custodiaba, le ordenó imperiosamente que callara. Pero doña Josefa no era de las que callan por temor. Preguntóle airada dónde estaba la orden de hacerla callar, pues ella sabía que tenía órdenes de conducirla a prisión mas no de hacerla callar y que ella les había de decir la verdad aunque les doliera.

Estuvo en prisión hasta mediados de 1817 y sufrió una gran decepción cuando a la desaparición

de los primeros grandes luchadores, Guerrero fué víctima de las hábiles maquinaciones de Iturbide. En vez de la República que ella soñara, erigióse en Imperio la Nueva España. Iturbide, deseoso de allanar la situación en lo posible, quiso hacer todo honor a tan ilustre mujer, y su consorte, la Emperatriz Ana Maria, nombró a la Corregidora su dama de honor. Pero doña Josefa, aunque pobre como siempre, rechazó aquel nombramiento que le hubiera dado seguridad y reposo después de tan agitada existencia, y dijo al Emperador que ella había luchado por el establecimiento de una República en México y no por el remedo de un imperio como había muchos en Europa.

No le faltó nunca valor para decir lo que sentía. Varios años después de establecida la República, cuando se le prodigaban los honores que debieron ser suyos desde el principio de la Guerra de Independencia, recibió un día la visita del General Guadalupe Victoria, a la sazón Presidente de la República. El Primer Magistrado tratábala con todo el respeto a que era acreedora tan ilustre dama, pero tuvo la desdicha de mencionar los recientes sucesos del Paríán y la torpeza de comentar tamaños desmanes. Doña Josefa lo miró sorprendida. Apenas podía creer que hubiese quien viera con buenos ojos lo que para ella eran tan vergon-

zosas manifestaciones. Cuando se dió cuenta de que el Presidente hablaba seriamente, no pudo contener su indignación, y reprochóle el aprobar tan grandes fechorías, terminando su arenga ordenando al Primer Magistrado que saliera de su casa. El azorado General Victoria no pudo menos que emprender una ignominiosa retirada, él que tantas veces había hecho retroceder al enemigo. Olvidóse en su precipitada fuga de su sombrero, que

quedó abandonado sobre una silla de la sala. La Corregidora se lo envió acto seguido con un criado, quien tuvo que correr veloz por las calles de la capital hasta alcanzar al Presidente que, no repuesto aún de su asombro, marchaba presuroso y sin sombrero.

Tal era aquella mujer fuerte, de valor sin límites y de rara entereza, cuyo muy femenino taconeo despertó el alma dormida de su pueblo...

Valores Femeninos Mexicanos

Doctora Columba Rivera

Por Mathilde GOMEZ

Al Mineral del Chico, le cupo la gloria de haber sido la cuna de la segunda doctora mexicana y primera del Estado de Hidalgo. Columba Rivera que ocupa con justicia, lugar prominente entre nuestros valores femeninos.

En su tierra natal transcurrieron sus primeros años, al lado de sus honorables padres, el Señor don José Rivera y la Señora doña Soledad Osorio de Rivera y sus hermanos ,entre ellos, el digno y respetable sacerdote don Leopoldo Rivera. Hizo sus primeros estudios en la Ciudad de Pachuca. Allí continuó cultiván-

dose y, en 1887 obtuvo el título de maestra. Ambicionando elevarse siempre, se dedicó a aprender inglés y francés, lenguas que llegó a dominar. Sus méritos la hicieron acreedora a que se la nombrase Miembro de la Junta de Vigilancia de las Escuelas Oficiales de la capital hidalguense.

El Señor Rivera tenía grandes deseos de que otro de sus hijos siguiese la carrera de Medicina. No pudo conseguirlo. La ciencia de Esculapio, el mimado de Apolo, no tenía ningún atractivo para aquel joven. Columba